rio y prisión, y podemos decir que con tan gloriosa muerte como los fieles que morian desterrados por la fe.

Otro Padre valenciano, llamado Pedro Andrés, murió en la isla de Mindanao, inficionada también de la secta mahometana, donde los nuestros trabajan hasta hoy en introducir nuestra santa fe, y murió á manos de un traidor que le quitó la vida á este santo varón con palabras de una falsa amistad, riesgo á que se expuso este siervo de Dios por predicar la fe de Cristo.

El P. Bartolomé Sánchez, natural de Murcia, iba por orden de la santa obediencia en compañía de los españoles que peleaban contra los mahometanos, enemigos de Cristo, de la isla de Mindanao, y en esta empresa santa murió. Y la podemos llamar santa, pues están dedicados á ella los caballeros y religión del hábito de San Juan.

En otra semejante empresa fué muerto el P. Francisco de Mendoza, natural de Lisboa, que iba á doctrinar á cristianos de Joló, porque como verdadero hijo de la Compañía, aunque con peligro de su vida profesaba obedecer, y ejercitando la obediencia murió. El P. Miguel Ponce era Rector de una residencia y doctrina llamada Palápag, cuyos indios, inquietos con las alteraciones con que continuamente el demonio procura pervertir á los que de nuevo se convierten á nuestra santa fe y más en particular á los que la predican, le quitaron la vida á este su pastor, y él por bien de sus ovejas, imitando á Cristo, la ofreció con mucha voluntad.

Sucedióle en el puesto y oficio al P. Miguel Ponce el P. Vicente Damián, y cúpole también la misma buena suerte y muerte, no acobardándole la de su antecesor para dejar de ofrecer él su vida por la misma causa, muriendo á manos de los mismos indios alzados, que entraba á doctrinar y reducir á la Iglesia.

El blasón ilustre de todas estas muertes, es el haberlas padecido y puéstose al riesgo de padecerlas estos Ministros de Cristo, no por otra causa que por extender la gloria y conocimiento de su Santísimo Nombre entre gentes bárbaras y ciegas en la fe, empresa en que saben, cuando la emprenden, que llevan expuestas á riesgo sus vidas y muchas veces tragada la muerte por obedecer y por ayudar á la salvación de las almas, títulos todos que hacen dichosas y gloriosas á los divinos ojos las muertes de estos siervos de Dios, y que son grande lustre á su madre la Compañía. Demás de estos santos hijos que con el derramamiento de su sangre ilustraron la Provincia de Filipinas, su madre ha sido dichosa en haber ofrecido la vida de otros santos hijos que, con celo de volver por la honra del verdadero Dios, y en tiempo que esa era perseguida en el Japón, pasaron á él los años de 1642 y 1643, y allí fueron descubiertos y con fiera crueldad martirizados. Estos valerosos soldados de la Compañía de Jesús fueron el P. Alonso de Arroyo, natural de Málaga, y otro el P. Diego de Morales, de la Provincia de Castilla la Vieja, que habían pasado á Filipinas con deseo de emplearse todos en amplificar la gloria de Dios y bien de las almas, y cumplióles Su Majestad sus santos deseos, pues finalmente, ofrecieron sus vidas, que es lo fino de la caridad, por esa misma causa. Y tengo para mí que algunos otros han muerto por causa tan gloriosa, aunque cuando esto se escribe no ha llegado á mi noticia. Y habiendo escrito de varones santos que violentamente remataron sus vidas por la gloria de Cristo al golpe de la espada y alfanje, ahora se nos sigue

escribir las de aquellos que aunque murieron en paz, se los llevó Nuestro Señor después de haberse ejercitado muchos años en la misma Provincia de Filipinas en obras insignes y santas, habiendo pasado á ella de nuestra Provincia de Nueva España.

CAPITULO XI.

Vida, virtudes y feliz tránsito de esta vida mortal del venerable P. Ignacio de las Cortes, de la Compañía de Jesús.

Entre los sujetos que apostólicamente trabajaron en la viña del Señor, de nuevo plantada en las Islas Filipinas, habiendo primero trabajado con el mismo espíritu en nuestra Provincia de Nueva España, fué el venerable P. Ignacio de las Cortes, varón verdaderamente esclarecido en toda virtud y religión. Títulos todos por los cuales está obligada esta historia á hacer mención del que se empleó en dos Provincias, y en ministerios de tanta santidad. Y porque los más años de su muy religiosa vida los gastó y empleó este siervo de Dios en ayuda de las almas de las Islas Filipinas, quisieron los Padres de aquella Provincia consolar y pagar, á la de la Nueva España, el habérselo dado con tanta voluntad, escribiéndole y dándole nuevas de los santos trabajos y feliz tránsito de tan santo hijo; y así, me pareció poner aquí la relación que de su vida se escribe, que dice así: «A 14 de Mayo de este año de Nuestro Señor, fué servido de llevar para sí (como lo esperamos) al P. Ignacio de las Cortes, de edad de 78 años, los 57 de Compañía, y de ellos 40 de Coadjutor espiritual formado, y 47 de operario de Indias. La enfermedad por medio de la cual Nuestro Señor se lo quiso llevar, fué un catarro maligno, ramo de peste que cundió por toda esta comarca, sin exceptuar apenas persona que no lo padeciese. A los primeros días de su enfermedad juzgó sería la última de su vida mortal, que se le había de trocar por la eterna; y así, aunque había muchos años que con especial cuidado se preparaba para la muerte, olvidando la preparación pasada, comenzó otra con nuevos alientos y mayor fervor, confesando generalmente, haciendo muchos actos de contrición y recibiendo muy á tiempo el Santísimo Sacramento y Extremaunción, á que se siguió su dichosa muerte y preciosa á los ojos de Dios, coronada con los méritos ganados en 57 años de muchas batallas que tuvo en la milicia de la Religión. Si bien, no debieron de ser pequeñas, ni ajenas de gloria inmortal, fuera de las que tuvo antes de entrar en la Compañía, pues siendo de edad de 21 años, y viviendo en Universidad libre de freno de corrección de quien le crió, tuvo su cuerpo tan enfrenado con el santo temor de Dios, tan sujeto á la razón, que entró ceñido con el cíngulo de la castidad virginal que después por toda su vida conservó. Nació el P. Ignacio en la ciudad de Huesca, Reino de Aragón, Obispado de Tarazona, de padres muy nobles; tuvo un tío, dignidad en la Iglesia de la dicha ciudad, y siervo de Dios, que conociendo que la nobleza que no ilustran los resplandores de la vir-

tud, es de poca estimación, tomó á pechos criar en ella á su sobrino, con gran cuidado; lográronse sus intentos, y viéndole modesto, vergonzoso y casto, después que ya sabía latín le envió á la Universidad de Salamanca, donde procedía con el recogimiento y retiro de malas compañías que en casa de su tío siempre guardó. Arrebató su virtud los ojos amorosos de Dios que, aunque (como escribió San Bernardo á una virgen noble) no es Su Majestad aceptador de personas, con todo, la virtud esmalta la nobleza, de suerte que singularmente agrada, no sólo á los hombres, sino también al mismo Dios (dijo el Santo): «*Neque enim Deus acceptor est personarum nescio tamen quo pacto virtus in nobile plus placet.*»

«Sacó, pues, el Señor este noble mancebo de la Universidad del siglo al verjel de la Religión y púsole en el noviciado, que es universidad de virtudes. Cómo se portase en él no lo supimos, por ser el Padre tan callado, pero por los heroicos ejemplos que dió y en él conocimos, se puede rastrear cuánto en ellas aprovecharía en los dos años destinados á sólo el ejercicio y estudio de la perfección. Leyó después tres años de latinidad, y dándole Nuestro Señor deseos de imitar al santo apóstol de las Indias, San Francisco Javier, los representó á los Superiores esperando con resignación su determinación, que fué que pasase á la Nueva España, donde tendría el empleo que podía desear. Luego que á ella llegó este fervoroso siervo de Dios, aprendió la lengua tarasca y se ordenó de Sacerdote; muy alegre se hallaba viéndose ya con la lengua y sacerdocio y apto Ministro del Evangelio, para emplearse en predicarlo á los indios recién convertidos á nuestra santa fe, cuando ofreciéndose ocasión de enviar sujetos á esta Provincia (que entonces era Viceprovincia de la Nueva España), sin él pedirlo fué señalado y le sacó Dios para esta misión; aceptóla luego con gran prontitud no embargante, que tenía experiencia de su flaca memoria, y el trabajo que aprender otra lengua le había de costar. Y él, con su humildad, solía contar que no había sabido jamás de memoria hora ninguna del rezo, ni Salmo, sino algún pequeñuelo, ni la bendición de la mesa que cada día se suele rezar; cosa que admiraba á los que conocieron cuán bien supo la lengua tarasca, dejando escritos en ella seis tomos, cuatro de sermones y dos de traducción, uno del Santísimo y otros de Las Penas del Infierno; cosa que les obligaba á confesar que Dios, que le llamó para tan santa ocupación, le ayudó singularísimamente para aprender lengua tan peregrina y abundante, allanándole esta gran dificultad. En estas islas siempre se ocupó en el ministerio de la lengua tagala, aun cuando vivía en el Colegio de Manila, en tiempo que era de grandísimo trabajo el ser Ministro de indios, por estar entonces vinculado á este ministerio el de otro pueblo de San Miguel. Dióse este oficio al Padre, así por sus robustas fuerzas como por su conocido fervor, y él lo ejercitaba con grande satisfacción; los domingos por la mañana iba á San Miguel, administraba los Sacramentos, cantaba la Misa y predicaba, y se volvía á Manila como había ido, á pie, con el ardor del Sol, á comer. Aquí predicaba los domingos en la tarde á los indios, que eran entonces muchos, y los sábados platicaba en la Congregación, asistiendo continuamente al confesonario, y cuando más tendía las velas de su fervor al viento fresco del divino espíritu, era en las Cuaresmas, no apartándose de él si no era para predicar, y aun los viernes por la mañana los gastaba

en él, no obstante que predicaba á la tarde los pasos de la Pasión. A este modo se ocupaba este fiel ministro de indios en sus pueblos, donde por tener más ocasión mostraba aún más el tierno cariño que les tenía, socorriéndoles con lo que se quitaba de su sustento, defendiéndoles de los españoles y encomenderos, sin que pudiesen quebrantar su constancia y justicia presentes y otros medios que solían poner. Extendíase también su caridad y doctrina á indios de partidos que no estaban á cargo de la Compañía, iba á ellos en misión á petición de los beneficiados y aun del señor Arzobispo; llevólo consigo á Mindoro y otras partes el Sr. D. Fr. Miguel García, y cuando Su Señoría volvió se hacía lenguas en loor del P. Ignacio de las Cortes y su fervor.

Llegó á su vejez este siervo de Dios, y con los muchos trabajos padecidos por su amor le cargaron de suerte los achaques, que los Superiores le hubieron de traer al Colegio de Manila á descansar, pero su fervor era tal, que cuando la gota no le tenía en la cama trabajaba como mozo, cuidando de la Congregación y ministerio de indios, platicando los sábados y predicando muchas veces, ya en casa, ya en Nuestra Señora de Guía, pueblo extramuros de Manila, cuyos indios, experimentando en sí mismos lo mucho que obran las fervorosas pláticas y sermones del Padre, cobraron tal concepto de sus virtudes, que estando ya del todo impedido para poder salir en sus pies, le pedían á los Superiores y lo llevaban en una silla de manos á su Iglesia para que les predicara, teniendo esto por un singular favor. Y como el Padre los amaba como á hijos en Cristo, le era de consuelo y alivio en los continuos dolores que padecía el irlos á consolar; y no lo era menos verlos en el Colegio, adonde ellos venían á comunicarle sus cosas y consolarse con él, especialmente algunas indias devotas en quienes resplandecía la gracia de Cristo, y cuyas almas, labradas con la doctrina y enseñanza del Padre, eran tan puras y ejercitadas en virtudes, que más parecían observantes religiosas que no indias del último rincón del mundo. El tratar con estos pobres destituidos de los haberes y grandezas del mundo eran las delicias del P. Ignacio, apartándose y huyendo del trato de los magnates Gobernadores y Prelados, por no ser conocido de ellos; mas como no se puede esconder la luz, cuando venía al Colegio algún Gobernador ó Prelado, le era forzoso el salir con todos á recibirlo. Al confesonario acudía luego que le llamaban y á todas las acciones de comunidad, y aunque fuese medio arrastrando por el mal de gota, había de salir á barrer; tanto era el aliento con que el espíritu animaba su fatigado y decrépito cuerpo, que se juzgó podría la Cuaresma predicar los pasos de la Pasión, sermones trabajosos por tener mucho de afectos; publicáronse y predicó cuatro, y predicara los que faltaban si el Superior, compadeciéndose de lo que se cansaba y de algunos desmayos que le solían dar en el confesonario, no se lo prohibiera. Por las rigurosas enfermedades que padecía frecuentemente y mucha falta de quien en casa le pudiese acudir, se le dió un mozo indio que le asistiese, y á éste se le pegó tanto de virtud con su ejemplo, que en sus palabras, modestia y mudanza más parecía un novicio de la Compañía que indio criado en rusticidad y resabios del siglo; y porque saliese de allí más aprovechado, le enseñaba á leer y escribir á horas señaladas, porque las tenía todas tan llenas de devotos ejercicios, que jamás le quedaba ninguna vacía de santa ocupación.

Si los ministerios no le ocupaban en su Iglesia, estábase recogido en su aposento leyendo, meditando y orando, de donde raras veces salía si no era al Coro, donde todas las tardes que no eran de gran concurso de confesiones, después de visitar los altares, ganando el tesoro rico de indulgencias que ganan los que andan las Estaciones de Roma, gastaba una hora en oración delante del altar de la Santísima Virgen, y después se volvía á rezar los Maitines del día siguiente. De esta suerte se preparó este siervo de Dios para la muerte y cuenta estrecha, que por serlo tanto, fué de él muy temida como la temió San Hilario y otros grandes santos al tiempo de partir de esta vida. Dábale pena y cuidado con haber sido tan fervoroso, los desperdicios del tiempo y pérdida de ocasiones en que pudiera acaudalar aumentos grandísimos de gracia, con que gozara en el Cielo más claramente de la vista clara de Dios; con esta pena quiso Su Majestad purgar y acrisolar en esta vida el alma del P. Ignacio de las Cortes; lloraba amargamente el no haber sido más diligente y fervoroso en el servicio de Dios, y si el Padre con quien comunicaba las cosas de su alma le procuraba consolar con las muchas buenas obras que con la divina gracia había hecho, en ellas hallaba que llorar, si no la sustancia, el no ir tan bien circunstanciadas de perfección como debieran, que como es muy discreta la humildad, siempre halla motivos de humillación donde la soberbia los encuentra de vanidad y presunción. Con todo, la pena de lo dicho y el temor de la cuenta que había de dar, no le descantillaba la esperanza firme en la bondad de Dios y méritos de Cristo Nuestro Señor, que tenía altamente radicada en su corazón, y para tener esta esperanza de que con gran gloria se vería coronado en la celestial patria, tenía el P. Ignacio especiales motivos, si bien como humilde, quitaba de ellos los ojos y los ponía en la misericordia de Dios. Fueron heroicas sus virtudes: la de la humildad, que es el fundamento del edificio espiritual, y la hermosura y guarda de las demás (como dijo San Buenaventura), campeó mucho en el Padre, nunca decía de sí cosa que redundase en su honor, muchas, sí, en su desprecio, diciendo ser muy falto de memoria, de corto ingenio y poco saber, tibio é indevoto. Jamás habló de la nobleza de sus padres, ni trato de su casa, que el ser de ilustre sangre se supo de capitanes navarros que conocían su linaje; solía decir que sólo él era el zángano de la casa, y que de los otros tenía tal estimación, que de cada uno decía que eran abejas solícitas en la virtud. Cuando veía que alguno venía de algún ministerio ú ocupación de las de fuera ó de casa, rendía agradecimientos como si sólo por sí se hiciera aquella obra de caridad. Hablaba á todos con tanto respeto como si fueran Superiores; huía de los aplausos del mundo y de tratar y conversar con los magnates de la ciudad, aunque fuesen Gobernadores, Obispos y semejantes personas, porque lo ordinario, decía, lleva esto su poco de vanidad.

Hija de la humildad es la paciencia, porque el humilde no tiene alientos aun para quejarse de quien le ofende; esta paciencia y humildad mostró bien este siervo de Dios en un caso que le sucedió, siendo Ministro en la residencia de Taitay. Acogiéronse al abrigo de su amparo dos indias de otro pueblo, huyendo de quien perseguía su honestidad: fueron por ellas dos personas de autoridad con color de que volviesen á pagar cierta deuda á que tenían obligación; el Padre, que no era lerdo en conocer la disimulada intención, respondió con

valor que las indias no habían de volver á aquel pueblo, que si algo debían él pediría limosna entre los principales de su partido y lo pagaría por ellas. Viendo entonces el uno que no podía salir con su dañado intento, prorrumpió en palabras injuriosas contra el P. Ignacio, las cuales él, sin responderle palabra, sufrió con toda paciencia y humildad; ésta mitigó la cólera y envió corrido de sí mismo al que había cegado su pasión; después contó el compañero del malhablado á uno de la Compañía esta historia, alabando mucho la virtud y modestia del P. Ignacio, añadiendo que si hubiera respondido mal á su compañero, según estaba de colérico, hubiera puesto las manos en él. Esta paciencia mostraba también mucho en los dolores de piedra y gota que padecía, aceptándolos con gran resignación en las manos de Dios.

La castidad que guardó toda su vida, como ya se dijo, triunfó gloriosamente en varias ocasiones. Era el Padre, cuando mozo, de agradable y amable aspecto, alto, corpulento, tenía el cabello rubio, el rostro hermoso, de buenas facciones y de color blanco. Para hacer, pues, guerra á su castidad, el demonio hizo que unas indias se prendasen de su gallardo talle, y no hallando ocasión para manifestarle su depravada intención, porque él huía el hablar á mujeres, y cuando era forzoso el hablarles era teniendo los ojos en el suelo, determinó valerse de la confesión, y en ella le arrojaron saetas encendidas en el fuego del infierno, pero por la misericordia de Dios no hicieron más mella las ardientes saetas que si tocaran á un pecho de helado bronce sin sentir exterior ó interior movimiento que le inquietase. Milagro no menor que no quemarse en el horno de Babilonia aquellos tres santos mancebos. Mas es muy para notar lo que el humilde siervo de Dios comunicó á otro Padre, para que á la gracia y no á sí mismo atribuyese aquella victoria: que las especies que aquellas malas palabras dejaron le servían de instrumento á Satanás para que cuando estaba ya decrépito lo inquietasen; si bien no servía de otra cosa esta tentación, que de irse el demonio vencido y corrido y quedar el Padre triunfante. La virtud en que, á juicio de muchos, mostró esmerarse más el P. Ignacio de las Cortes, fué la de la obediencia. Fué prontísimo en ir adonde quiera que los Superiores le enviaban, y con esta ocasión cuando tuvo salud le trajeron en perpetuo movimiento, porque como eran pocos los operarios se ofrecían ocasiones de echar mano de él, que era apto Ministro y nada difícil en ser movido. Alzóse el pueblo de Santiago, quemóse la casa é Iglesia, pues vaya Ignacio á sacar los indios de los montes con su agrado, y reedifique la Iglesia con su mucha diligencia. Si era menester traer de los montes otro pueblo de Silanga, venza esta dificultad el P. Ignacio; si faltaba Ministro en el Colegio, venga el P. Ignacio; si ya había quien lo fuese, tornaba el P. Ignacio á su pueblo. Cuando consideraban esta velocidad en mudar de ministerios á la voz de la obediencia, los que la veían no podían dejar de confesar haber sido este siervo de Dios uno de aquellos soldados con que dijo Dios por Zacarías que había de cercar su casa, ocupándolos en que fuesen y viniesen: *Circumdabo domum meam ex his qui militant mihi euntes et reverentes*, que son como allí explica el Doctor Máximo San Jerónimo, los Ministros evangélicos que se ocupan en varios ministerios dejando unos y tomando otros, según lo ordena el Señor, por la lengua de los que están en su lugar.

Corona las muchas virtudes el P. Ignacio de las Cortes la grande

caridad que tenía para con todos, deseando ayudarles en todas sus necesidades, especialmente en las espirituales se dolía mucho de los pecados públicos. Una vez que la Compañía fué molestada de persona que de hecho lo pudo hacer, y entrando en ello personas cuya vida y costumbres no eran muy justificadas, oyéndolo el Padre sólo decía: «Dios se lo perdone,» é íbase luego á encomendarlos á Dios; cuidado que siempre tuvo no sólo en lo particular, sino en lo común de la monarquía, y aumento de nuestra santa fe y bien de los prójimos. Cuando le afligía la gota, de suerte que no se podía levantar de la cama, yéndolo á ver algunos de casa jamás conocieron en él género de impaciencia y aun apenas que padecía dolor alguno. Era agradable y jovial en su conversación y siempre ella era de cosas santas; alguno que se sentía afligido, ó por el trabajo ó por otra causa, sin que entendiera que lo sabía, le decía tales cosas al propósito, que el afligido salía de allí consolado y trocado; con ser tan viejo y tan enfermo, que aun cuando estaba bueno no se podía tener sino sobre un báculo, siempre que se ofrecía estar delante de los Superiores era en pie y descubierto, hasta que le mandasen que se sentase y cubriese; por estas, pues, y otras insignes virtudes, tenía el humilde Padre motivos particulares para esperar su premio, y también por las oraciones de innumerables almas que con su industria, procurando la gracia por tiempo de 43 años de fervorosos ministerios envió al Cielo, y por estas razones, y por haber acabado en mucha paz el P. Ignacio de las Cortes su carrera, lleno de merecimientos y virtudes, tenemos ciertas esperanzas de que está gozando de grande gloria.

CAPITULO XII.

Vida y excelentes virtudes del venerable Padre Juan de Bueras, Provincial de las Provincias de la Compañía de Jesús de Filipinas y Nueva España.

Los mismos títulos que obligaron á escribir en esta historia la vida del antecedente sujeto, que la empleó en servicio de Dios y bien de las almas en las Islas Filipinas, esos mismos títulos se nos ofrecen también para escribir la que ahora aquí se sigue del religiosísimo P. Juan de Bueras, que habiendo trabajado y gobernado por muchos años la Provincia de Filipinas, y trayéndole de allí después la santa obediencia á la nuestra de Nueva España para que la gobernase, á pocos días de haber ejercitado este oficio fué Nuestro Señor servido de llevarle de esta vida mortal á la eterna en nuestro Colegio de México, á premiarle sus santos trabajos, virtudes y peregrinaciones apostólicas.

§ I.

De su entrada en la Compañía, primeras ocupaciones que en ella tuvo y grandes prendas de virtud que en ellas mostró.

Nació el P. Juan de Bueras en las montañas de Burgos, de linaje conocido y noble, y habiendo pasado con buena educación que le dieron sus cristianos padres los primeros años de su puericia, le enviaron á estudiar á la Universidad de Alcalá, donde, entre las aventajadas habilidades de aquellos estudios, se hizo muy plausible lugar su florido ingenio, adelantándose á todos en la honestidad y virtud de sus ajustadas costumbres, que, con deseo de mayor perfección, le trajeron á la Compañía. Fué recibido en ella á los 18 años de su edad, y en el noviciado creció á tan subidos grados de espíritu su devoción y regular observancia, que ya desde entonces le pronosticaban todos los grandes grados de perfección que había de subir su muy pura y devota alma, pues entre las ocupaciones precisas de los estudios hacía raya en el cuidado de su aprovechamiento espiritual. Después en la variedad de ministerios en que le ocupó la santa obediencia, jamás tuvo remisión la puntualidad y ansia con que procuraba el agrado de Nuestro Señor, y era común sentir así de los que le trataron íntimamente en Europa, como de los que después le conocieron y comunicaron, con especialidad en las Indias, que no había perdido el Padre la gracia bautismal; y verdaderamente sus acciones, vistas con la atención que las examinan las comunidades y Superiores, se mostraban tan perfectas, que no se le advertía ninguna que mereciese, á juicio de todos los que le conocían, ni aun la censura de culpa venial; efectos, sin duda, de la presencia de Nuestro Señor que continuamente traía este santo varón, de suerte que no parece hacía obra ni decía palabra que primero no la examinase y ajustase delante de Dios y con su santísima voluntad.

Encargáronle los Superiores que leyese un curso de Artes en Oropeza, en que no fué menor el desvelo que puso en ganar para Dios sus discípulos que en el de su ingenio para aprovecharlos en las letras. En ambas materias sacó muy aventajados estudiantes, y uno de ellos, que después pasó á la Universidad de Salamanca con intento de adquirir lustrosas ocupaciones del siglo, dando de mano á vanidades de tierra, procuró y consiguió el ser recibido en la Compañía, publicando que los ejemplos santos y fervorosos consejos de su maestro, se le imprimieron de suerte en el corazón, que le habían reducido al feliz estado de que gozaba en la Religión. Leyó después Teología moral con los mismos afectos y efectos de espíritu, que le granjearon nombre y veneración de santo, así con los de fuera como con los de casa. Y necesitando en este tiempo de reformación un Colegio de seculares que estaba á cargo de la Compañía, se le hubo de encomendar al P. Juan de Bueras, con cuya dirección y prudencia tuvo feliz efecto la empresa, aunque se juzgaba por muy árdua, reduciendo casi á estilo de mortificados Religiosos los que antes eran jóvenes desvanecidos, con admiración de los que conocieron el uno y otro estado del Colegio.

Siempre reconocieron los Superiores en el P. Juan de Bueras singular talento para el gobierno de la Compañía, y así, le hicieron Mi-